

P. Ángel Cuesta Ramos, S. I.

(San Martín de Torres, León, 22.10.1941- Gijón, Asturias, 24.11.2017)

La Prensa calificó *de multitudinaria* la misa exequial celebrada en nuestra iglesia el día 25. No se equivocaba tanta tristeza, tanta gente, ni el estruendo de los aplausos al final del himno a la Virgen y mientras el ataúd se abría paso entre el gentío.

La prensa se ocupó varios días de él: «El P. Ángel Cuesta: nos quedamos sin referente». «El P. Ángel Cuesta: pasión y entrega». «El P. Ángel Cuesta un hombre para los demás». «El P. Ángel Cuesta, un Genio». «El P. Ángel Cuesta nos marcó el camino». «El enrollado P. Ángel Cuesta». «Emoción colegial en la despedida de Pachi Cuesta, entrenador del *amar y servir*». «P. Ángel Cuesta .Gracias». «Pachi puntal de la comunidad jesuita y fundador de Gijón-Baloncesto».

El Padre Ángel Cuesta Ramos ha vivido 50 años en Gijón. En Gijón no conocen al P. Ángel Cuesta.

–¡Ah! ¡Pachi!

–En la Eucaristía, presidida por su sobrino, el P. José Peña Cuesta, sacerdote Paúl, en las palabras de saludo y despedida, en la homilía, en los discursos de homenaje con los que terminó la ceremonia, se dijo Pachi. En el responso final colocamos en las manos de Dios el alma de *Pachi*.

Pachi era un mote que él asumió con alegría. La historia es así. Pachi, apasionado e inmediato en todo era (es, no hay duda) hincha absoluto del Real Madrid, en el que jugaba entre los años 50 y 60 un defensa contundente llamado Pachín. Ángel, que jugaba en el mismo puesto, no era menos feroz; le pusieron el mismo nombre, que poco a poco fue perdiendo el acento y la “n” final. Pero su pasión deportiva era el baloncesto. Tenía el título de Entrenador oficial, expedido por Federación Nacional de Baloncesto.

La cancha fue uno de los lugares privilegiados en los que ejerció su oficio de formador en libertad y cristianismo. No solo allí. Sus antiguos alumnos agradecen precisamente este tipo de formación recibido en sus clases de griego y latín y en los campamentos. Los muchos testimonios mejorarán mis palabras. He aquí el texto de la homilía de su sobrino José, que incluye además una breve biografía de su tío.

«*Pachi Cuesta, jesuita y entrenador de baloncesto*. Con estas palabras Pachi definía su vida en su libro autobiográfico presentado en mayo del año 2014 en el Pabellón de la Feria de Muestras, y hoy estamos aquí en la capilla del Colegio de La Inmaculada para darle el último adiós, ante la imagen de la Virgen Inmaculada, ante la que tantas veces rezó, meditó, alabó y dio gracias por lo que le ocurría en su día a día, entre las paredes de la que ha sido su casa durante casi cincuenta años, y visitaba a media noche.

«Ángel nació el 22 de enero de 1941, junto a la vereda del río Órbigo, hijo del médico, humano, trabajador y rural de la comarca D. Mateo Cuesta, y de Dña. Benigna Ramos, excelente madre, y ferviente cristiana, y que tanto influyó para convencerle de que era una gracia de Dios ser jesuita, y que junto a D. Mateo, formaron un matrimonio de seis hijos, cuatro varones y dos chicas que, como señala Pachi, *estudiaban bien y son buenos*.

«Con apenas diez años, y con la candidez e ingenuidad propia de la edad, fue al internado del colegio jesuita San José de Valladolid, lugar donde empezó a vislumbrar

que el baloncesto le enseñaba a ser responsable y cumplir con lo que se había comprometido, pero que también le sirvió como medio para comenzar a sentir su vocación al sacerdocio. Esta señal inicial, la puso a prueba en el Seminario de Comillas, en sus continuas oraciones y ofrecimientos a la Virgen de la Gruta, hasta que se decidió a pasar el *Puente del Tinte*, cambiando el fajín azul de su sotana por un fajín negro y pasar de ser seminarista a ser jesuita, para en todo amar y servir, marchándose al noviciado que la Compañía de Jesús tenía en Salamanca, tal y como relata en su libro autobiográfico.

«Ahí empezó su formación jesuita; formación que es larga, exigente y probada pues la Compañía de Jesús, exige ser hombre de fe, para poder ser enviado, como miembro de la Compañía, al servicio de la Iglesia. Y así lo hizo Pachi aquí en Gijón desde la libertad responsable, que descubrió en los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola y que tanto le ayudó para la vida como persona, jesuita, sacerdote, profesor y entrenador de baloncesto, colaborando eficazmente en la búsqueda de la mayor gloria de Dios y del servicio al prójimo en todas las personas a las que acompañó en su vida como hombre enamorado de Jesucristo.

«Formación. El noviciado (1958-60) y el juniorado (1960-61) en Salamanca y la carrera de Filosofía en Comillas (1961-63) y en San Cugat del Vallés (un madridista en tierra comanche) (1963-64) precedieron a su primera llegada a Gijón donde permaneció inicialmente tres años en mitad de los años 60 (1964-67). De aquí marchó para Madrid para completar sus carreras de Teología (Universidad de Comillas) y Psicología (Universidad Complutense) en los años 1967 a 1971.

«Recibió su ordenación sacerdotal el 27 de junio de 1970 de manos del obispo don Ángel Riesgo Carbajo, mediante la imposición de manos, signo sacramental, y que sirvió como punto de partida para poner en práctica la sabiduría pastoral, aprendida en las aulas de la vida y de Teología, con la que el P. Cuesta ha ejercido su sacerdocio, sabiendo leer los signos de los tiempos como buen jesuita. Recuerdo la estampa de ordenación sacerdotal: un cáliz y una *forma sagrada*, saliendo de unas manos anónimas, de esas manos de Pachi, que mostraban que el amor y generosidad vienen de Dios, hecho hombre para nuestra salvación.

«Finalizado este largo proceso de trece años de formación como jesuita, recibió su primer destino al Colegio de la Inmaculada de Gijón, al que quedó unido, humana y espiritualmente, para toda su vida, excepto en los años 1983 al 86 para realizar en Madrid el curso de actualización pastoral en el centro León XIII y, posteriormente, en Zamora como encargado de la pastoral juvenil del centro que existía en aquella época.

«En estos cincuenta años de permanencia de Pachi Cuesta en este colegio de Gijón tuvo, como toda persona, su imagen de cara al exterior y la íntima, que forjaba cada día su corazón de jesuita y sacerdote. La pública, bien conocida por ustedes: responsable durante años de las actividades extraescolares del colegio, del deporte en sus patios (por eso se eligió un sábado para tener el funeral, para oír los gritos de los jóvenes del colegio en la patio), del deporte que crea y comparte valores humanos para hacer personas y no estrellas, pese a los éxitos logrados y que cuelgan de las vitrinas de este edificio (tricampeones de España en baloncesto), pues como bien decía a uno de sus jugadores: “o mejoras en la siguiente evaluación y recuperas la anterior o no podrás jugar en mis equipos, porque yo quiero que seas el mejor en baloncesto, pero para eso, hay que ser el mejor en las notas, y en el comportamiento y en el compañerismo, y el que no es el mejor en estas cosas, jamás lo será en el baloncesto y yo sólo quiero a los mejores en todo. Y esta frase es extrapolable a los valores que se transmitían en los campamentos de verano, primero en Benavides, y luego en Santibáñez de Porma, dónde muchos de ustedes, presentes hoy en esta iglesia de la Inmaculada, pasaron sus primeros días lejos de la comodidad y seguridad de sus padres y sus casas. Campamentos en los que aprendía a

pasar ratos buenos y *piscineros*, a través de los cuáles, y de modo indirecto, se realizaba la finalidad de los campamentos: enseñar cualidades indispensables para la vida, como, por ejemplo, la diversidad, el compartir, el respeto, el ser servidores limpiando zonas comunes o fregando los cubiertos de la comida, el respeto, la solidaridad, asumir responsabilidades, ayudar, perdonar y ser perdonado. En definitiva, campamentos que ayudaban a formar personas al estilo ignaciano, como querían Pachi: personas libres y responsables de los compromisos que se asumen.

«La otra faceta pública es como profesor de jóvenes a través de la docencia que impartió magistralmente en las asignaturas de latín y griego, y sus métodos novedosos y humanos.

«Siendo todo lo anteriormente descrito real y veraz, y conocido por todos, debemos hablar de la faceta que hizo hombre a Pachi Cuesta, y ser lo que fue: servidor de Jesús, miembro de la Compañía de Jesús. Cristiano convencido, seguidor de Jesús de Nazaret, que tras un discernimiento personal maduro eligió ser jesuita como forma de ser un "hombre para los demás", para transmitir la alegría del Evangelio, para contagiar el reto de ser persona responsable, para educar líderes comprometidos desde el servicio

«Ángel tuvo momentos tristes y llenos de amargura, pero como buen seguidor de san Ignacio de Loyola, puso en práctica la máxima de los Ejercicios Espirituales: "*en tiempo de desolación, no hacer mudanza*", y así poder vencerlos desde la oración, desde la reflexión, desde las oraciones de su madre en la tierra y desde el cielo, que siempre cuidó de él. El de sus hermanos: Laureano en el 1983, rector de este colegio en su día, la muerte de su hermano Pepe en 1993, de sus padres, sus reacciones impulsivas, sus cabreos, las incomprendiones de algunos a los que su intolerancia no les permitía comprender que había otra forma de educar a la juventud, la obediencia no ciega a las órdenes de sus superiores (ésta terminó en el Concilio Vaticano II), el infarto cerebral del año 2007 que le mermó, pero que cómo buen Cuesta, y por tanto cabezota, venció... fueron momentos difíciles que supero con el tesón de la fe y el amor. Pero, en los duros momentos vividos, además de su Fe, tuvo siempre a su lado a su familia, a su "fiel y leal bastón", Tomás Nistal, a sus amigos mozos de su niñez en el San Martín de Torres y todos "sus hijos" adoptivos, a los que cuidó y enseñó el arte de la tolerancia y la diversidad, que hoy quedan huérfanos en Gijón, ciudad que corría por sus venas.

«Sí, tío Ángel, tu nos lo enseñaste: en todo amar y servir, como decía el genio de Azpeita (Ignacio de Loyola), y lo hemos escuchado en forma de canto en esta eucaristía de acción de gracias por tu vida. Una máxima ignaciana que definió tu vida, una idea, un deseo, una aspiración legítima del creyente. Amar a cercanos y lejanos. Con amor que recibe muchos nombres: amistad, pasión, compasión, respeto... Es verdad que no es fácil, y que en ocasiones resulta difícil querer a algunas personas. Y no por mala voluntad, sino porque las relaciones humanas son complejas. Pero también se aprende como tú sólo sabías enseñar a mirar con benevolencia. A comprender otras vidas. A desearles lo mejor. Y a trabajar por ello. Ahí entra el servir. Servir es ponerse manos a la obra para tratar de dejar el mundo un poquito mejor de lo que lo conocemos. Servir es la disposición para ayudar, para atender, para sanar... Servir en lo cotidiano. En la familia, en el trabajo, en el descanso. Sirven las palabras y los gestos; los silencios y las miradas; sirve nuestro tiempo, si lo empleamos bien; y la risa que se contagia; las canciones que esponjan; los esfuerzos por levantar al que anda caído. Sirve dar la vida cada día. Un poco contracorriente, como tú Tío Ángel, y para muchos, difícil de entender. Pero es una buena disposición vital. Darse, a tiempo y a destiempo. Porque de egoístas va el mundo sobrado. Y así nos va. De modo que, aunque sea difícil y a veces cueste, ¿por qué no ser ambiciosos? Para amar y servir, en todo como hizo Ángel Cuesta.

«Este es Ángel Cuesta, que siempre amó y sirvió para mayor gloria de Dios. Hoy falta un tablero de baloncesto en el Colegio de la Inmaculada: está en el cielo»

Selecciono algunos fragmentos (largos) de los testimonios de gratitud que han ido apareciendo en la prensa estos días. Comunican la imagen de Pachi mejor que pudiera hacerlo yo.

(*Ignacio Frieria*): «Pachi: es difícil asumir que ya no estás. No es que me cueste ponerme a escribir. Me resisto a aceptarlo. Pachi, Ángel, El Cura, simplemente Curi...Tengo que parar de llorar al escribir tu nombre, tus varios nombres. Has representado tanto para generaciones y generaciones de jóvenes, no tan jóvenes ya, que han aprendido a trabajar, a vivir, y a ser personas a tu lado, con tu ejemplo. No lo voy a negar, no eras persona fácil; pero atrapabas y no dejabas escapar. Ahí tienes al Hermano Nistal, tu escudero fiel, desde que el *primer golpe* te alcanzó...»

Este *golpe primero*, fue en ictus cerebral grave que derribó a Pachi el 8 de marzo del 2007. En un momento en el que estábamos con él en el hospital el enfermero Juanma y yo, salió el médico que le llevaba y nos dijo que tenía invadida de sangre la mitad del cerebro, y que difícilmente volvería a andar y a hablar. Se sometió a un sistema férreo de rehabilitación y entre otras cosas, ejerció de capellán en un colegio y en una casa de acogida de madres solteras, a donde iba andando, siempre acompañado del H. Nistal, aprendió un poco de guitarra, otro poco de inglés y escribió y publicó un libro. Sigue Ignacio Frieria, hablándole a Pachi, ya difunto:

«En tu compañía he interiorizado esa instrucción de Arrupe a los Antiguos Alumnos de la Compañía: ser hombres y mujeres para los demás. (...) Para algunos de nosotros no solo has sido un maestro y guía, has sido y serás parte indisoluble de nuestras familias. Nos has ayudado en nuestra formación integral, nos has casado, has bautizado a nuestros hijos, les has dado la primera comunión, nos has mantenido unidos. Unidos en torno a tu figura, pero con la voluntad de que esa unión se mantuviera cuando tú nos dejaras. (...) Pachi se entregaba a todo y a todos. (...) Mi mujer siempre me cuenta que al iniciar nuestra relación, le hablé antes de un cura que tenía mucha influencia en mi vida que de mi familia»

(*Pedro Ferrer*) «Se nos ha ido Pachi, el Padre Cuesta, el jesuita; porque, sobre todo, Pachi fue jesuita. De convicciones profundas, de pasión, de entrega (...) mi amigo, uno de mis educadores de referencia, alguien que claramente marcó mi vida y que además de enseñarme el amor por nuestro colegio y por nuestra Virgen Inmaculada, me enseñó lo que es el baloncesto, algo más que un deporte, un valioso instrumento educativo. (...) Tus miles de discípulos estamos tristes».

La Nueva España del domingo, 26, publica el texto que D. José Guerrero, antiguo alumno, antiguo director del Colegio, leyó al final de la misa; lo titula así: El primero que cogía el escobón. «Tú nunca nos dijiste que cogiéramos la escoba y limpiásemos los patios durante las fiestas colegiales; tú simplemente cogías el escobón. Nunca en los campamentos nos dijiste que había que fregar; simplemente cogías el estropajo y nosotros te seguíamos: eras un gran cura. *Amar y servir* era como entendías la manera de ser sacerdote: era el resultado de tu gran fe, de tu profunda relación con Dios, tu manera de ser jesuita».

En estos y otros testimonios hay una constante: el afán, o más bien la preocupación, diría yo que reivindicativa, de destacar lo visible que era en Pachi su condición de jesuita y sacerdote, porque no todos, pocos, lo entendieron así, viéndole gesticular y vociferar durante los partidos. El mismo nos contó, en la presentación de su libro, *Pachi Cuesta, Jesuita y entrenador de Baloncesto*, que alguna vez ordenó dar algún codazo al adversario matón que abusaba de su estatura. Había gente que asistía a los partidos ellos más que para ver el juego, para oír al *Cura*. También desconcertaba a algunos su permisividad con

los alumnos, dejándolos fumar, y hasta beber un poco, en su despacho, al que acudían en grupo, durante los recreos lluviosos. Lo mismo en los campamentos.

José Guerrero continuó dirigiéndose al ataúd donde reposaba el cuerpo de Pachi:

«Habrás ido a rendir cuentas a nuestro Dios. Y estoy seguro de que no te preguntó: Pachi ¿has dicho muchos tacos? Que los has dicho. Pachi ¿Has gritado mucho?, que también lo has hecho. Pachi, habrás bebido algún güisqui de más? No. Te preguntó: Pachi ¿has amado mucho? Y tú le habrás contestado: mira lo que he dejado allí abajo...» (José Guerrero, se detuvo y disimuló un sollozo señalando con la mano el piso de la iglesia y luego el coro, apretado de cientos de miradas fijas en él; y siguió) «Pachi, tú nos has querido mucho, mucho; y quiero gritar...(y, *en efecto gritó*)...quiero gritar: ¡Gracias Pachi, porque hoy gracias a ti muchísimos de los que estamos y muchísimos más que están por todo el mundo y no han podido venir, somos mejores personas, mejores cristianos, más hombres y mujeres para los demás».

Sutil mente, Inés Meana, también desde el ambón:

«Gracias, Pachi, por tus consejos, gracias por tus *no-consejos*, gracias por darnos libertad, por mirar para otro lado, por dejarnos divertirnos, por enseñarnos a marcar nuestros límites. Gracias por creer en la juventud, por entenderla, por defenderla. Gracias por tus enfados, por tus broncas, de las que también aprendimos. Gracias por tu cabezonería. Gracias por tu entusiasmo hacia los nuevos proyectos»

Detrás de la fachada machota de Pachi había un alma, una persona, una verdad de piedad e inocencia infantil. Y tampoco era una fachada hermética, sino bien iluminada de ventanas a las que la emoción se asomaba en forma de lágrimas; era de llanto fácil y frecuente. Su voz, que le quedó bronquísima se quebraba cuando hablaba de personas queridas, o cuanto le acosaba la compasión. A veces me pedía que escribiera pequeños poemas a la Virgen para leerlos en sus homilías. Su piedad se había ahondado con los años sin perder la pureza de la infancia, la forma de dirigirse a Jesús, a María, que le enseñó su madre. No sé si he visto a alguna persona con tanta presencia maternal. Y esto es un indicio de otra virtud de Pachi: la fidelidad, la decisión de no cambiar nunca de bando, fuera la devoción a la virgen de San Martín de Torres o al Real Madrid. Y por fiel, o según el modo de fiel era profundo. Fidelidad a su vocación era su celo apostólico. Cuando sus alumnos y sus jugadores se referían a él, no por su nombre, sino por el de el cura o el *curi*, señalaban su modo machacón de serlo. En su espiritualidad personal, –¿Por qué no decir: a su *cristianía*?– hay que incluir como componente inseparable la vida cristiana que, por su medio, sigue sosteniendo Dios en tantos cientos de chicos y chicas, a los que entrenó, a los que recibió, o más bien ofreció momentos de hogar en su despacho alborotado, humeante.

El 8 de marzo de 2007, me telefoneó el rector del Colegio. P. Baizán:

–Sube al cuarto de Pachi a ver qué le pasa. No ha ido a clase y su teléfono hace ruidos raros.

Lo encontré inmóvil, con un ictus cerebral. Se conoce que en el último momento descolgó el teléfono, e intentó alcanzarlo, porque se balanceaba colgando del cable junto a su cabecera. Hacía esfuerzos por hablar. Entendí:

–El Patronato, el Patronato.

Se refería a la misa que celebraba todos los días allí. No quería que las religiosas se quedaran sin ella. En cuanto pudo valerse, regresó. Luego pasó celebrar en el centro de acogida de nuestra Señora de los desamparados, donde unas pocas religiosas reciben y atienden a madres solteras y a sus niños. Todos los días, acudía a celebrarles la Eucaristía con el H. Tomás Nistal. Algunas asistieron a la presentación de su libro y a ellas entregó el capital que generó su venta.

Tomás Nistal, le acompañó durante las largas y difíciles horas de hospital, junto a sus hermanas y su cuñado; luego durante la convalecencia. Y ya no le dejó hasta diez años después cuando Pachi traspuso hacia la muerte. Siempre juntos. «Es mi bastón». Pero no el del brazo, que Pachi no lo necesitaba para andar, sino el del corazón. Un bastón que ha quedado desolado. Los amigos de Pachi lo han entendido así. José Guerrero, terminó su discurso de este modo:

«Me olvidaba decir una última cosa: Pachi, no te preocupes: tú desde el cielo y nosotros desde la tierra cuidaremos a *nuestro* Tomy.»

Tomy es Nistal.

El 1 de noviembre terminó sus ocho días de ejercicios espirituales. El 2 de noviembre de 2017 le repitió el ictus.



Al igual que un arcángel se levanta,
otea el aro y el balón encesta;
el ángel voceador que es Pachi Cuesta
los tantos de su vida cuenta y canta.

La palabra de Dios no es menos santa
dicha en el templo que en la cancha puesta;
quizá más eficaz por más modesta
y más desgarradora de garganta.

Ser *cura-entrenador*, amo del grito
que insultando anima al timorato
y perdona la falta y el delito

del codo que abolla el omoplato
del avieso rival alto y *cabrito*...
Al *rezo* el corazón, la boca al *taco*.

Antonio Pérez, S.J.
GIJÓN, 24.11.2017